

Discurso entrega Premio José Nuez Martín a Nayareth Pino por su novela *Mientras dormías, cantabas*

*

Macarena Areco
Pontificia Universidad Católica de Chile
mareco@uc.cl

Mientras dormías, cantabas –“una enorme cicatriz oscura” al decir de Lorena Amaro; “una novela que susurra y baila al mismo tiempo”, según Alejandro Zambra; “que la rompe”, para Patricia Espinosa, todo esto se puede leer en la contraportada–relata la historia de una familia y sus vecinos, habitantes de un block de departamentos en un barrio periférico de alguna gran ciudad, imaginamos que Santiago, que ha sido signada por una tragedia: la muerte de una joven de 24 años, Leonor, hace siete años, en 2010, aquejada de una malformación congénita al corazón.

La historia es narrada a través de la interioridad de distintos personajes, principalmente de Marta, la protagonista, hermana de Leonor, aunque durante años pensó que ella era su tía. Eso se debe a otra tragedia: la madre de Marta, Karina, fue violada a los 14 años y quedó embarazada, frente a lo cual la abuela, Clara, adoptó a la recién nacida. De ahí que Leonor aparezca como tía y hermana de la narradora.

El tiempo-espacio –cronotopo– en que transcurre la historia no es cualquiera: es la noche de año nuevo de 2017/2018, un tiempo-umbral, una suerte de aleph o pivote en que el cambio del calendario no solo sirve para juntarse y celebrar, sino que le es útil, sobre todo a Marta y un poco a su vecino Gabriel, para hacer memoria, reflexionar y tomar conciencia, por una parte de la violencia y también del encubrimiento y del intento de tapar el dolor de lo ocurrido, de barrer bajo la alfombra, pero, por otro lado, de ser parte de la plenitud y la inmanencia del devenir, de la celebración, del estar juntos y del tener una historia compartida.

Marta y sus abuelos, primos, tíos y tías, comen, beben, bailan: “Un carnaval derramado” (13), se dice, volcado desde el festejo del aquí y el ahora hacia la memoria, desde y a través de la danza, pero sobre todo de la música que es algo así como la forma de comunicación, confusa, pero al mismo tiempo explicativa e iluminadora, para una familia en que mucho ha sido tapado y casi nada hablado. Lo

que más suenan son las cumbias: “Macondo, Macondo / Macondo yo me voy para Macondo”; “Sintonízate con la parabólica”; “En las cosas simples de entenderse / hay tantas cosas que no entiendo”; “Un año más que se va”; “Si has llorado también has reído”; “Es el tiempo/ el que no se detiene”; “Mientras dormías, cantaba/ cumbia para adormecerte”.

El lenguaje es en esta novela parte de la celebración, con esplendores y dolores. Hay una preocupación por el significante (la dimensión material del signo lingüístico). Más allá de lo que se dice, importa mucho el ritmo, las repeticiones, los modos de habla, las rimas de las canciones.

En *Mientras dormías, cantabas* hay un tratamiento complejo y delicado del mundo popular. Recordemos que la división clásica de los estilos mandaba que los sujetos “elevados” tuviesen un tratamiento formal y que para los “bajos” quedara la comedia. Lo que ocurre a la familia de Marta es trágico y es planteado en su dificultad y seriedad, pero también aparecen la comida y la fiesta, la cercanía de los cuerpos, el baile, la cicatriz, el dolor y la enfermedad.

En la celebración, Marta conversa con Gabriel, con quien podría haber tenido una relación amorosa, pero que no llega a concretarse. La familia del joven también ha sufrido: cuando él y su hermana Camila eran niños la madre, Mónica, dejó la casa, sin que se haya sabido el motivo ni la hayan vuelto a ver. La madre aparece brevemente en su vida futura y sabemos que ha trabajado en una tienda de retail y que luego cuida a una anciana cuyos hijos la han dejado sola para las fiestas. Mónica, sin ser juzgada ni estigmatizada, es un personaje complejo y misterioso, del que uno como lectora querría saber más, pero se mantiene el enigma.

También Leonor, la joven muerta, aparece como un personaje de muchas vueltas y recodos. Si bien ha debido abandonar los estudios muy temprano debido a su enfermedad, se interesa por la literatura y habría querido escribir, aunque no puede hacerlo: “Cuando Leonor dejó de ir al colegio, se fue olvidando de aquellos mecanismos que enseñan en la escuela. Olvidó la geometría de los triángulos, la evolución de las especies, las capas de la tierra y escribir” (82), se nos relata.

Quizás como una alternativa a la escritura, en una muralla de su casa pega con cola fría recortes de diarios y revistas sobre famosos, crímenes, horóscopos... Pero el muro desaparece cuando la abuela Clara, después del deceso, decide remodelar el departamento. Otro enigma.

Otro personaje, también una mujer, fugaz, pero relevante, es la profesora de Literatura de Gabriel, Natalia, que se entera del interés de la niña enferma por la

lectura y la visita para regalarle un libro, *Alsino*, pero se arrepiente. Sospechamos por qué, pero no sabemos.

Los de *Mientras dormías, cantabas* son todos personajes sutiles, enigmáticos, facetados, con los que se nos quedan cosas pendientes. Quisiéramos saber más de ellos y también de la historia, que, en cierta medida, como se escribe en el último párrafo de un primer final, queda abierta: “Cuando la inviten a sentarse a la mesa y ella viva una jornada más entre toda esa gente. Cuando todo eso suceda y haya un tercer día en esa casa. Con sus abuelos, ya sin visitas, solo ellos tres sobre la mesa. Cuando ella se decida a hacer todas sus preguntas. Será ahí cuando esta historia recién habrá terminado” (199).